

que todos estos sabios y filósofos del siglo XVII son hijos de Montaigne y los padres de los filósofos del siglo XVIII, con todos los matices que esto conlleva».⁶

Por mi parte pienso que su crítica de la ciencia por un lado, y sus ideas y consejos pedagógicos por otro, no son sino dos aspectos complementarios e indisolubles de un mismo pensamiento que tiende al mismo fin. Su amarga crítica del saber corre pareja con las de los procedimientos pedagógicos al uso. Imposible resulta progresar, racionalizar el saber —pues esto es en definitiva de lo que se trata— sin modificar la actitud de la mente, desterrando, en primer lugar, la sumisión servil al principio de autoridad. El conocimiento sólo puede conseguirse utilizando un método adecuado. Así, en cuanto a la ignorancia de los estudiantes y de los educadores ¿no nos ha manifestado?

Creo que es mejor decir que ese daño procede de su equivocada manera de habérselas con las ciencias; y que a tenor de cómo nos instruyen, no es de extrañar si ni los escolares ni los maestros llegan a ser más hábiles aunque se hagan más doctos.⁷

Digamos de paso que la distinción entre «hábiles» y «doctos» que hace Montaigne prefigura en cierto modo la distinción entre «práctica o experiencia» y «mera erudición» con supremacía de la primera en la «ciencia nueva» que protagonizará Galileo.

Escuchemos también este consejo incitando al alumno a buscar, a conocer, a observar:

[...] póngasele en la fantasía una honesta curiosidad de averiguar todas las cosas; particularmente todo lo singular que haya alrededor de él, que lo vea.⁸

He aquí ahora una aproximación con el ilustre Claude Bernard que me parece significativa. Montaigne está explicando el papel que debe ejercer el profesor ideal:

Quisiera, dice, que el preceptor, según el alcance del alma que tiene entre manos, empezara por hacerla manifestarse, haciéndole gustar las cosas, escogerlas y discernirlas por sí mismas; abriéndole el camino unas veces; otras dejándoselo abrir a ella...⁹

Escuchemos a Claude Bernard:

Creo que en la enseñanza científica el papel de un maestro es el de mostrar experimentalmente al alumno la meta que el sabio se propone e indicarle todos los medios que puede tener a su disposición para alcanzarla. El maestro, después, debe dejar al alumno libre de moverse a su modo, salvo a venir en su ayuda si ve que se extravía.

El procedimiento pedagógico es poco más o menos igual y lo mismo sucede cuando Claude Bernard previene acerca de preservar, en justa medida, la libertad mental del alumno:

⁶ Georges Mongredien, Gassendi, l'influence immédiate, in «Pierre Gassendi», Centre international de Synthèse, Albin Michel, 1955, p. 151.

⁷ «Crois qu'il vaut mieux dire que ce mal vient de leur mauvaise façon de se prendre aux sciences; et qu'à la mode de quoi nous sommes instruits, il n'est pas merveille si ni les écoliers ni les maîtres n'en deviennent pas plus habiles, quoiqu'ils s'y fassent plus doctes», L. I, 25.

⁸ «Qu'on lui mette en fantaisie une honnête curiosité de s'enquérir de toutes choses; tout ce qu'il y aura de singulier autour de lui, il le verra», L. I, 26.

⁹ «Je voudrais [...] que selon la portée de l'âme qu'il a en main, il commençât à la mettre sur la montre, lui faisant goûter les choses, les choisir et discerner d'elle-même; quelquefois lui ouvrant chemin, quelquefois le lui laissant ouvrir...», L. I, 26.

Pienso, en fin, que el verdadero método científico es el que contiene la mente sin ahogarla, el que deja la mente, tanto como sea posible, frente a sí misma y la dirige respetando al mismo tiempo sus cualidades más preciadas que son su originalidad y su espontaneidad científica.¹⁰

Lo que era también la opinión de Montaigne, quien temiendo siempre el dominio de una autoridad excesiva, hace suya la frase de Cicerón:

Con mucha frecuencia, para los que quieren instruirse, la autoridad de los que enseñan es un obstáculo.¹¹

Y cuando Claude Bernard explica:

Los que creen demasiado en sus teorías no creen lo bastante en las de los demás y [...] no hacen experiencias sino para destruir una teoría, en lugar de hacerlas para buscar la verdad...¹²

nos acordamos de Montaigne y de su insistencia en querer desarrollar en el alumno una actitud abierta, modesta, siempre dispuesta a

... abandonar las armas ante la verdad tan pronto como la advierta, ya surja en manos de su adversario, ya surja en él mismo por alguna rectificación.¹³

Igualmente se ha reprochado a Montaigne el ignorar la preeminencia del papel que habrá de desempeñar la experiencia en el futuro. La palabra «experiencia» no ha adquirido, en el campo científico, el significado que tiene en nuestros días; y Montaigne, lo concedo, considera algunas veces la experiencia según el sentido que en dicha palabra se cobijaba en la época, es decir, por debajo del juicio, más útil, en su opinión, para llegar al conocimiento.

Cuando la razón nos falla empleamos la experiencia que es un medio más débil y menos digno, pero la verdad es cosa tan grande que no debemos menospreciar nada que pueda conducirnos a ella.¹⁴

Lucien Febvre, hablando de la indigencia científica en el siglo XVI, ha demostrado el retraso e incluso la oposición de la mayor parte de los eruditos en cuanto a aceptar las modificaciones que imponían los nuevos datos geográficos probados por los descubrimientos de los viajeros y la supervivencia en las mentes de informaciones puramente

¹⁰ *«Je crois que dans l'enseignement scientifique, le rôle d'un maître est de montrer expérimentalement à l'élève le but que le savant se propose et de lui indiquer tous les moyens qu'il peut avoir à sa disposition pour l'atteindre. Le maître doit ensuite laisser l'élève libre de se mouvoir à sa manière [...] sauf à venir à son secours, s'il voit qu'il s'égare. Je pense enfin que la vraie méthode scientifique est celle qui contient l'esprit sans l'étouffer, celle qui laisse autant que possible l'esprit en face de lui-même, et le dirige tout en respectant ses qualités les plus précieuses qui sont son originalité créatrice et sa spontanéité scientifique».* Claude Bernard, Pages choisies, Ed. Sociales, 1961, pp. 119 y 120.

¹¹ *«Le plus souvent, pour ceux qui veulent s'instruire, l'autorité de ceux qui enseignent est un obstacle».* L. I, 26. Ésta será también la opinión de Eliseo Reclus, quien irá aún más lejos: *«Tout progrès devenu dogme est un obstacle qu'il faut renverser»* (citado por Arnould Clause, Pédagogie rationaliste, P.U.F., 1968, p. 180).

¹² Claude Bernard, op. cit., p. 170.

¹³ *«... quitter les armes à la vérité, tout aussitôt qu'il l'apercevra; soit qu'elle naisse en mains de son adversaire, soit qu'elle naisse en lui-même par quelque ravissement».* L. I, 26.

¹⁴ *«Quand la raison nous faut, nous y employons l'expérience [...] qui est un moyen plus faible et moins digne; mais la vérité est chose si grande, que nous ne devons dédaigner aucune entremise qui nous y conduise».* L. III, 13.

eruditas.¹⁵ Montaigne, por el contrario, prefiere informarse interrogando directamente a testigos presenciales. Y precisa:

Me contento con esta información —acerca de las tierras recientemente descubiertas— sin averiguar lo que dicen los cosmógrafos.¹⁶

Y lo mismo respecto de los vientos y de su importancia en navegación:

Le repliqué entonces —dirá a un personaje que prefería la autoridad de un texto escrito a los informes de los marineros— que quería más guiarme por los efectos que por la razón.

es decir, atenerse a la experiencia que aportan los hechos y no a las especulaciones vanas por no comprobadas.¹⁷ Y recordará que

... antes era herejía el confesar que había antípodas.¹⁸

Prosiguiendo su demostración sobre la incoherencia de las opiniones vigentes en aquella época, Febvre estima que «Es precisamente Claude Bernard quien podrá escribir»:

No adopto las opiniones, excepto aquellas que los hechos demuestran.¹⁹

Por mi parte voy a permitirme otras pertinentes citas que prueban, no sólo la conmovedora antelación de Montaigne, sino su actualidad:

Claude Bernard repite varias veces que el investigador

debe limitarse, ante todo, a comprobar bien la existencia de los hechos; de otro modo corre el riesgo de explicar cosas que no existen y cuya realidad debería haberse comprobado antes que cosa alguna [...] Ése es el origen común de los sistemas o de las doctrinas médicas que dan siempre una preponderancia a las explicaciones [...] a expensas de la realidad de los hechos.

Y observa:

... Esta tendencia de la mente a presuponer hipótesis sobre la interpretación de los hechos antes de haberlos comprobado bien, es tan natural que sólo por una educación experimental de las más profundas se pueden llegar a notar los inconvenientes de esa práctica y a corregirse de ellos.²⁰

Ahora bien, he aquí que Montaigne poseía, sin duda, esa cualidad de la mente tan poco frecuente y tan difícil de conseguir, puesto que nos dice:

Veo generalmente que los hombres, ante los hechos que se les presentan, se entretienen con

¹⁵ Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*, Albin Michel, 1962, p. 416.

¹⁶ «Ainsi je me contente de cette information, sans m'enquérir de ce que les cosmographes en disent», L. I, 31.

¹⁷ «Je lui répliquai lors que j'aimais mieux suivre les effets que la raison», L. II, 12.

¹⁸ «c'était hérésie d'avouer des antipodes», L. II, 12.

¹⁹ «Je n'épouse par les opinions, excepté celles que les faits vérifient», Lucien Febvre, op. cit., p. 455.

²⁰ «Il doit se borner avant tout à bien constater l'existence des faits; autrement [...] il explique des choses qui n'existent pas et dont il aurait fallu avant tout constater la réalité. [...] C'est là l'origine commune des systèmes ou des doctrines médicales qui donnent toujours une prépondérance aux explications [...] aux dépens de la réalité des faits. [...] Or, cette tendance avoir bien constatés et si naturelle que ce m'est que par une éducation expérimentale des plus solides et des mieux conduites qu'on peut arriver à en sentir les inconvénients et à s'en corriger», Claude Bernard, op. cit., p. 179.